



Ha mirado alguna vez al suelo en la plaza de la Virgen Blanca? ¿Ha mirado bien? Si

lo hace, si se toma un momento para bajar la vista, puede que se encuentre con una sorpresa. Entre la piedra grisácea encontrará once placas de color bronce, como las célebres fuentes que refrescan a niños y perros. De hecho, algunas de ellas se encuentran junto a estos chorros. En esos pedazos de metal se relata la historia de la plaza y, con ella, la de Vitoria. Porque este espacio abierto que ahora sirve para celebrar la bajada de Celedón o para acoger a nuestros deportistas cuando son campeones ha estado aquí durante cientos de años. Ha sido un testigo silencioso de cómo la capital alavesa pasó de ser una aldea sobre una colina a una ciudad rebosante de mercaderes y artesanos.

AI

ANIA IBÁÑEZ

Las placas, algo escuetas, cuentan las andadas de una ciudad llena de cambios, modificaciones y entresijos políticos desde el siglo XI hasta hoy. El catedrático de Historia Medieval en la EHU José Ramón Díaz de Durana desgana lo que estas inscripciones en el metal dejan entrever, acompañando a EL CORREO en un recorrido histórico que comienza con la Reja de San Millán. Es ahí donde aparece Gasteiz por primera vez, aunque «hay constancia arqueológica de que lo alto de la colina estuvo poblado de forma permanente desde el siglo VIII», cuenta el historiador. Esta aldea, un lugar con 30 casas, ya tenía «calles empedradas en la primera mitad del siglo XI», un lugar que más tarde se conocería como Villa Suso.

En esta época la Virgen Blanca ya estaba ahí, entonces como plaza del mercado. Se encontraba fuera de una poderosa muralla perimetral que abarcaba las actuales calles Santa María, Fray Zacarías Martínez y Las Escuelas. «La fortificación comenzó a construirse a finales del siglo XI y principios del siguiente», aclara Díaz de Durana sobre esta edificación «excepcional». Y es que se creó antes de que Vitoria se convirtiera en villa al recibir fuero y ser rebautizada como 'Nueva Victoria' de mano de Sancho el Sabio de Navarra en 1181. Era algo inédito. «La muralla se trataba de un óvalo de unos mil metros de extensión, ocho metros de altura, metro y medio de ancho, y veinte torres de vigilancia», describe el catedrático este mamotreto que separaba a la plaza de Villa Suso, pero no de toda la población.

Y es que para poder construir un muro de tal envergadura «se necesitaba mucha mano de obra y en algún sitio había que meterla», aclara el historiador. «En las placas se recoge que la ciudad comenzó a crecer tras un gran incendio que destruyó gran parte de ella en 1202. Creemos que antes de eso la ladera contigua a la plaza ya se estaba poblando». Es decir, aquellos trabajadores de «diversos gremios» que acudían a Vitoria para levantar el muro se habían ido asentando en las calles que hoy en día conocemos como Herrería, Zapatería y Correría.

Estas tres nuevas vías se amurallaron en torno a la plaza, dejando «unas puertas importantes de acceso al mercado», ya que era el punto neurálgico de la economía de la ciudad. En la segunda mitad del siglo XIII, Alfonso X el Sabio -que vivió en Vitoria mucho tiempo al «estar enfermo»- impulsó el desarrollo de la villa por la ladera oriental con tres nuevas calles: Cuchillería, Pintorería y Nueva Dentro (entonces la Judería) y se fue «cerrando por ese lado la muralla», apunta Díaz de Durana.



Por aquel entonces los mercaderes que acudían con sus productos a la Virgen Blanca ya habían establecido relaciones comerciales con los puertos más importantes. «Este era el centro de paso de las mercancías que provenían de Castilla hacia la costa guipuzcoana y vizcaína», expresa el historiador. Muestra de esta importancia son las dos ferias francas que Enrique II le concedió a la ciudad un siglo más tarde, una de dieciséis días por la fiesta de la Ascensión y la otra de doce durante el mes de septiembre.

Díaz de Durana aclara que Vitoria «no era Medina del Campo», pero su mercado era «un sitio donde realmente había mucho movimiento». Sorprende que, con la importancia del lugar, no es hasta el siglo XV que la muralla acoge a la plaza y el barrio conocido como el Arrabal dentro de su seno porque «requería su adecuación para el control arancelario». Es ahí cuando nace la silueta de la Almendra Medieval como la conocemos. Al mismo tiempo la notoriedad del mercado sigue creciendo con dos nuevas ferias francas que se instauraron en 1457 y 1466 de la mano de Enrique IV.

La tasa de la harina

En ellas los mercaderes se organizaban «en distintos puestos, había cambiadores que hoy en día se conocen como banqueros y el Ayuntamiento cobraba sus tasas», ilustra Díaz de Durana. En el centro se ubicaba la Fuente Mayor, serigrafiada en una de las placas de la plaza. Junto a ella se encontraban las pesas públicas controladas por el Consistorio.

A la izquierda, la traída de agua del Gorbea a la plaza en 1884, cuyo conducto se abrió para crear un géiser. Sobre estas líneas, las obras del pozo artesiano. ARCHIVO MUNICIPAL DE VITORIA



A la derecha, el historiador José Ramón Díaz de Durana posa con una de las placas en la Virgen Blanca. JESÚS ANDRADE

Pese a la relevancia del mercado, seguía existiendo una desconexión entre él y la parte alta de la ciudad. Un desnivel de 22 metros que no se salvaría hasta el siglo XVIII gracias al arquitecto Justo Antonio de Olagüibel y sus Arquillos. En esta época, tal y como reza una de las placas, el mercado había perdido tamaño al dividirse en dos plazas distintas: la Nueva y la Vieja. Estas dos obras fueron las que terminaron de unificar el alto de la colina con el resto de Vitoria, conformando el centro de la ciudad que conocemos en el presente.

Aun así, quedaba un problema por solucionar: el abastecimiento de agua. «Los medievales lo habían resuelto trayéndola desde los montes vitorianos a través de una serie de molinos que recorrían la parte trasera y el lateral de la ciudad». Para intentar modernizar este sistema se perforó un pozo artesiano en la plaza. De hecho, el punto exacto queda marcado en una de las placas. «Consiguieron un récord por lo profundo que era el pozo (1.021 metros), pero finalmente el mecanismo colapsó y no encontraron agua», relata el experto.

Agua del Gorbea

¿Cuál fue la solución? «Construyeron una tubería y trajeron el agua del Gorbea hasta aquí». Tras el intento fallido del pozo, decidieron hacer «una milonga» y abrieron el conducto del agua en mitad de la plaza para crear una especie de géiser. «Por eso se dice hoy en día que el Casco Viejo tiene la mejor agua, porque sigue llegando desde el Gorbea», apunta Díaz de Durana. Años más tarde, en 1917, se levantó el monumento conmemorativo de la Batalla de Vitoria en la misma zona que se transformó en una fuente improvisada.

Una de ellas era la correspondiente al peso de la harina, pagada por los habitantes de la ciudad. En las 41 aldeas, los campesinos mayores de siete años pagaban un tributo que llamaban 'urundiru'. Es decir, el dinero de la harina. Lo hacían para no cumplir con la obligación de pesarla en las balanzas públicas y evitar "tener que desplazarse desde lejos con los sacos", apunta Díaz de Durana. Lo pagaron hasta mediados del siglo XVIII y aún conservaba su denominación en euskera.

En aquella época, además, las familias de la élite vitoriana se dividían en dos bandos que tenían su sede en dos iglesias. Por un lado estaban los Ayala en San Miguel, y por el otro los 'de la Calleja' (la familia Alava, Maturana, Estella, etc.) en la de San Pedro. Estos últimos se "enriquecieron con el comercio y controlaron los órganos de gobierno de la ciudad", explica el historiador, repartándose los oficios con los Ayala. Esta familia formaba parte de la alta nobleza castellana de la época y su palacio vitoriano se ubicaba junto al castillo de San Vicente. También construyeron el Hospital de Santa María del Cabello en 1419, cuyos restos aparecieron hace cuatro años (en 2022), en la zona de Olagüibel y la plaza de la Memoria. Muchos de los vestigios de este linaje han ido desapareciendo después de que el Conde de Salvatierra, parte de este linaje, se uniera a los Comuneros castellanos y fuera derrotado por Diego Martínez de Álava, diputado General de la provincia.

CRONOLOGÍA

Siglo XI. La plaza se encuentra fuera del muro, en una zona de comercio llamada el Arrabal.

Siglo XIV. La ciudad crece más allá de la colina y se le otorgan dos ferias francas.

Siglo XV. Se rodea el espacio con la muralla y se convocan otras dos ferias al aire libre.

Siglo XVIII. La plaza se divide en dos: Vieja y Nueva. Para unirlos con el alto de la colina se crean Los Arquillos.

Siglo XIX. El intento de perforar un pozo fracasa y se trae agua del Gorbea a través de una tubería.

Siglo XXI. Se reforma en 2008 y desaparecen los jardines.

LAS CLAVES

La Virgen Blanca era el «centro de paso de mercancías de Castilla hacia la costa guipuzcoana y la vizcaína»

«Los vendedores se organizaban en distintos puestos, había banqueros y el Ayuntamiento cobraba sus tasas en el mercado»

Para intentar traer agua se perforó un pozo de 1.021 metros de profundidad en la plaza y, tras su fracaso, se instaló una tubería que la atravesaba